



“Como cristianos, estamos llamados a escuchar y conocer las historias de nuestros hermanos. Debemos crear oportunidades para escuchar, con nuestros corazones abiertos, las trágicas historias que están profundamente grabadas en las vidas de nuestros hermanos, si es que vamos a movernos con empatía para promover la justicia.”



“El hacer justicia requiere el reconocer honestamente nuestros fracasos y la restauración de las relaciones correctas entre nosotros... Requiere un esfuerzo determinado, pero más aún, requiere humildad; requiere que cada uno de nosotros pide por la gracia necesaria para superar este pecado [del racismo] y deshacernos de este flagelo.”

1. Boletín de Prensa de la Santa Sede, 3 de junio de 2020.

2. Declaración de los Presidentes de Siete Comités de la USCCB, 29 de mayo de 2020.

3. Hecho a Imagen y Semejanza de Dios: Una Carta Pastoral sobre la Armonía Racial, párr. 27, Arzobispo Emérito Alfred Hughes de Nueva Orleans.

4. Nuestros Hermanos y Hermanas: Carta Pastoral de los Obispos Católicos de los Estados Unidos sobre el Racismo Hoy Día, 1979.

5. Abramos Nuestros Corazones: El Incesante Llamado al Amor – Carta Pastoral contra el Racismo USCCB, noviembre de 2018.

415 Michigan Ave. NE, Suite 95, Washington, DC, 20017
ncpd@ncpd.org

Declaración sobre el Racismo



Alianza Nacional Católica sobre la Discapacidad

Recientes eventos han puesto en el primer plano nacional e internacional la concientización sobre la maldad del racismo, causando fuertes respuestas del Papa Francisco y de los líderes de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (USCCB por sus siglas en inglés).

Durante la audiencia general del miércoles en el Vaticano, nuestro Santo Padre declaró: “No podemos tolerar ni cerrar los ojos ante ningún tipo de racismo o exclusión y pretender defender la santidad de cada vida humana.”¹

De manera similar, el brutal asesinato de George Floyd causó que los obispos presidentes de siete comités de la USCCB ofrecieran una declaración que decía en parte: “No podemos hacer caso omiso a estas atrocidades al tiempo que tratamos de profesar el respeto a toda vida humana.”²



Como una organización católica con la responsabilidad de promover los derechos de todas las personas con discapacidades, la Alianza Nacional Católica sobre la Discapacidad (NCPD por sus siglas en inglés) cree que es esencial para todos y cada uno de los católicos unir nuestras voces con las del Papa Francisco y de nuestros obispos, denunciando el racismo de la manera más enérgica posible. **El racismo es tremendamente destructivo para el potencial humano, e impone obstáculos para el desarrollo pleno y la participación de las personas con discapacidades en la vida de la Iglesia y la sociedad.**



En vista de estas consideraciones, NCPD reconoce la necesidad de realizar fervientes oraciones y acciones concretas para erradicar lo que se ha llamado el “pecado original” de nuestro país, el racismo. Como el Arzobispo (Emérito) Alfred Hughes de Nueva Orleans explicó en 2005, “Los fundadores de nuestro país no pudieron llegar a un acuerdo respecto al tema de la esclavitud. Por esto, la Constitución no lo mencionó y nuestro país nació en lo que algunos han llamado “el pecado original” de Estados Unidos, el racismo”.³

La carta pastoral de la USCCB de 1979 establece sin equivocación que: “El racismo es un pecado: un pecado que divide a la familia humana, mancha la imagen de Dios entre algunos miembros de esa familia, y viola la dignidad humana fundamental de aquellos llamados a ser hijos del mismo Padre.”⁴

Por lo tanto, humildemente pedimos la ayuda del Señor en discernir maneras concretas en las cuales nosotros como individuos y como organización pudiéramos actuar para superar este pecado y sus impactos destructivos en las personas e instituciones de nuestra sociedad.

NCPD llama la atención sobre varias declaraciones pertinentes de la carta pastoral más reciente de la USCCB en contra del racismo, titulada “Abramos Nuestros Corazones”:⁵



“Lo que se necesita, y lo que estamos llamados a hacer, es tener una transformación genuina del corazón, una conversión que obligue al cambio, y la reforma de nuestras instituciones y la sociedad. La conversión es un largo camino por recorrer para el individuo. El mover a nuestra nación hacia un entendimiento pleno de la promesa de la libertad, igualdad, y justicia para todos, es un desafío aún mayor. Sin embargo, en Cristo podemos encontrar la fuerza y la gracia necesarias para recorrer ese camino.”

